

naturaleza y del progreso; una convicción profunda de que la enseñanza de la Iglesia es contraria al desarrollo de la civilización y de la ciencia, que el gobierno de los curas es siempre de temer, que el jesuita y la congregación acechan á la sociedad y se hallan en vísperas de un triunfo decisivo. Y enfrente del clero, que la nación mantiene y reconoce por medio del voto del presupuesto de cultos, una organización oculta, pero poderosa: la de la francmasonería, activísima, mezclada con la sociedad y apasionadamente atenta al problema de la instrucción laica. De parte de unos y otros, sordos rencores, tendencias sectarias, una lucha palmo á palmo aun en las más pequeñas aldeas, y hasta una intransigencia agresiva contra los pocos hombres que, elevándose por encima de ambos partidos, reconocen que los dos representan fuerzas nobles y útiles, y haciendo un llamamiento á la tolerancia y á la necesidad de vivir amigablemente en común, se consagran sobre todo al culto de la patria y aconsejan á todos, con la recíproca suavidad, la paciencia de la vida.

Estos sentimientos mal definidos, pero profundos, existían en el fondo de las almas, al ser consultado el país, en aquellas horas tristes y sinceras, en presencia del enemigo, y se reflejaron en la composición de la asamblea.

El decreto de 29 de enero de 1871 había fijado en 768 el número de diputados, número reducido luego á 738 por el tratado de Francfort. El escrutinio del 8 de febrero sólo envió 630 representantes á Burdeos, á causa de la pluralidad de elecciones de ciertos candidatos. Thiers resultó elegido en veintiséis departamentos, y el general Trochu y Gambetta tuvieron los honores de nueve elecciones, resultando otros candidatos elegidos en varios departamentos.

Las grandes ciudades depositaron, en general, su confianza en los veteranos de la democracia, pero las poblaciones rurales siguieron á los jefes cuyas opiniones eran simplemente favorables al régimen parlamentario. La nobleza que había tomado las armas durante la guerra, estaba representada por doscientos diputados; el clero lo estaba por un obispo, monseñor Dupanloup, y los padres Marhallach y Jaffré. Fueron elegidos el conde Joaquín Murat, el príncipe de Joinville y el duque de Aumale. Desde el punto de vista de la clasificación de los partidos, la Asamblea nacional comprendía: unos doscientos republicanos, la mitad moderados y la otra mitad radicales; cuatrocientos conservadores monárquicos, divididos en fracciones casi iguales, entre orleanistas y legitimistas, y unos treinta bonapartistas.

Muchos de los republicanos notables eran hombres de 1848 y 1849, tales como Esteban Arago, Arnaud, Luis Blanc, Hipólito Carnot, Dufraisse, Duprat, Ferrouillat, Gambón, Gent, Julio Grevy, Víctor Hugo, Enrique Martín, Ledru-Rollin, Joigneaux, Lefranc, Félix Pyat, Quinet, Rolland y Schœlcher. Otros habían pertenecido á las asambleas de la segunda República y al Cuerpo legislativo del Imperio, como Esquirós, Manuel Arago, Julio Favre y Julio Simón. Algunos habían dirigido la oposición democrática en el Cuerpo legislativo, sobresaliendo entre ellos Dorián, Julio Ferry, Gambetta, Eugenio Pelletán y Ernesto Picard. Los demás habían llamado la atención por el ardor de sus convic-

ciones republicanas ó por los servicios prestados al gobierno de septiembre, y entre ellos figuraban Edmundo Adam, Sadi Carnot, Carlos Floquet, Clémenceau, Lepère, Littré, Tolain, Naquet, Peyrat y Rochefort.

El partido orleanista contaba también algunos miembros de las antiguas asambleas: el marqués de Gouvión Saint-Cyr, ex par de Francia; los generales Changarnier y Le Fló, el marqués de Maleville y los Sres. Bocher, Martel, Bodet y Saint-Marc-Girardin, que habían pertenecido á los Parlamentos de la Restauración ó de la segunda República; Chesnelong y el conde Daru, antiguos miembros del Cuerpo legislativo. Figuraban también en este partido el general Ducrot y el almirante Fourichón; varios miembros de la alta nobleza, tales como el duque de Audiffret-Pasquier, el duque Alberto de Broglie, el marqués de Castellane, el duque Decazes y el vizconde de Haussonville, y varios diputados que iban á distinguirse por la importancia ó la originalidad de sus papeles y que se llamaban Batbie, Beulé, Deppeyre, Ernoul, Gavardie y Target. El Sr. Buffet permanecía algo retraído.

De los cuatro partidos que dividían la Asamblea nacional, el legitimista era el que contaba menos notabilidades. En primer término, había media docena de miembros de las antiguas asambleas, Aubry, D'Azy, Fresneau, el barón de Larcy, el vizconde de Meaux y el marqués de Vogüé; en segundo término, varios hombres de gran posición ó de alta honradez, tales como Cazenove de Pradine, el marqués de Dampierre, el almirante Dompierre d'Hornoy, el vizconde de Gontaut-Birón, Audrén de Kerdel, Luciano Brun y Baragnón. A estos hombres distinguidos les faltaba un jefe.

Entre los bonapartistas había pocos nombres que evocasen recuerdos ilustres ó recordasen altos méritos: Fourtou, Gavini, el conde Joaquín Murat, Pouyer-Quertier y nadie más.

Como todas las asambleas, la de 1871 comprendía cierto número de individuos que oscilaban de derecha á izquierda ó tenían por norma obedecer á las necesidades gubernamentales. Estos independientes habían de constituir el centro izquierdo de la asamblea y entre ellos figuraban Baze, Bethmont, Casimir-Perier, Desseigny, Dufaure, Javal, Víctor Lefranc, León de Maleville, Teisserenc de Bort, Vitet y Wallón, que habían pertenecido á parlamentos anteriores, y Beranger, Ferray, Lanfrey, el almirante Pothuau, León Say, el conde de Tocqueville y Waddington, que ejercieron verdadera influencia en el seno de la asamblea ó en los consejos del gobierno.

Algunas eminencias, muchos hombres de talento, aunque, en su mayoría, de poca experiencia práctica, y una gran masa de gente de bien, tal era la asamblea que el país había elegido á su imagen y enviado á Burdeos.

III

La claridad del relato exige que retrocedamos al 2 de septiembre, para seguir en sus etapas al ejército invasor.

Media hora después de la capitulación de Sedán, todo el ejército alemán recibió las primeras órdenes de marcha y tomó el camino de París, á excepción del XI.º cuerpo prusiano y del I.º cuerpo bávaro, reserva-

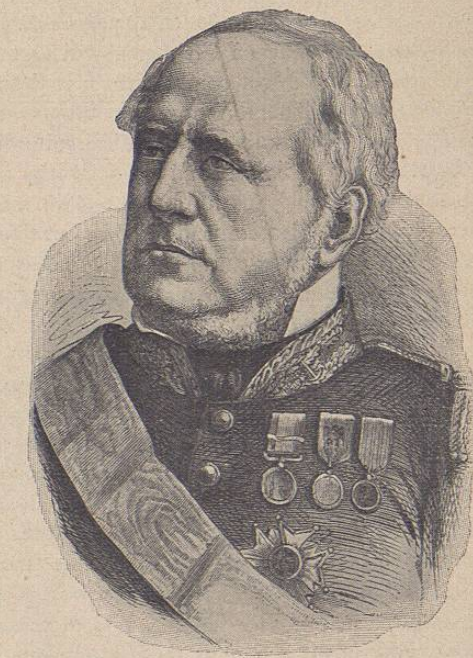
dos para la custodia de los prisioneros que se habían acumulado en la península de Iges, de siniestra memoria. El ejército del príncipe real de Sajonia siguió la ruta de Creil, Compiègne y Soissons; y el del príncipe real de Prusia el camino de Reims, Epernay, Montmirail, Coulommiers, Creteil y Villanueva de San Jorge. El 15 de septiembre, por medio de una orden de una precisión matemática, el general Moltke designó la situación de los diferentes cuerpos de ejército en torno de París. Dos días después, los sitiadores, con sus 122.000 infantes, sus 25.000 jinetes y sus 622 cañones, ocupaban, delante de los 35 kilómetros del recinto, un frente de 80 kilómetros. El cuartel general, instalado en Versalles, fué puesto en comunicación con el Estado mayor de los dos ejércitos por medio del telégrafo militar. La caballería, dejada á espaldas de las líneas sitiadoras, estuvo encargada de hacer, dentro de un radio de diez ó doce leguas alrededor de la capital, grandes patrullas de requisición, que bastaron al principio para alimentar al ejército invasor. Cuando la Isla de Francia, agotada por el enemigo, negóse á proporcionar trigo y forraje, los ferrocarriles destruidos por la Defensa fueron restablecidos y prolongados hasta las líneas alemanas; explotadas por empleados alemanes, éstos transportaron por ellas las provisiones hasta el último día, con la misma regularidad que el material y las tropas de refuerzo. El ejército sitiador fué aumentado hasta 250.000 hombres, la caballería hasta 38.000 y el número de cañones hasta más del doble en vísperas del bombardeo de la meseta de Avrón, preludio del bombardeo de la parte de París situada á la izquierda del Sena.

Los alemanes emplearon cuatro meses en fortificar sus posiciones, en levantar la triple barrera que separó París del resto de la Francia y del mundo. Las casas de campo fueron convertidas en pequeñas ciudadelas, y las que estaban demasiado apartadas una de otra fueron enlazadas por trincheras. Cerráronse con barricadas las entradas de los pueblos y las talas de árboles presentaban obstáculos infranqueables hasta para la infantería.

¿Qué murallas, murallas de piedra ó murallas humanas, podía oponer París á los alemanes? Si su resistencia excedió á todas las previsiones, debióse menos á la fuerza del recinto fortificado y de las obras exteriores que al sistema de ataque adoptado por los alemanes, que, en realidad, no sitiaron, sino que bloquearon á París. El recinto y las fortificaciones, en número de 15, databan de una época en que el mayor alcance de la artillería no pasaba de 1.600 metros. Aun con este corto alcance, las fortificaciones se hallaban dominadas por las alturas de Ormesson y de la Butte-Pinson al Norte, de Avrón al Este, de Chatillón al Sur y de Montretout al Oeste. Como los frentes Oeste y Sur eran los más débiles, el general de ingenieros Chabaud-Latour había tratado de remediar á esta inferioridad empezando á construir, á primeros de agosto, reductos en Gennevilliers, Montretout, Brinborión, Meudón, Chatillón y Hautes-Bruyeres. A excepción de este último punto, los trabajos estaban concluidos en 19 de septiembre; pero vinieron á ser inútiles á consecuencia de la batalla de Chatillón. Empezados más pronto y realizados con mayor actividad, hubieran puesto á París al abrigo del bombardeo.

Durante la entrevista de Ferrieres, Bismarck jactóse de poder tomar uno de los fuertes de París en cuatro días, y en más de cuatro meses no fué tomado ninguno, ni vió apagado su fuego.

Los recursos de los sitiados en hombres, y en soldados sobre todo, eran muy inferiores á sus recursos defensivos. Los cuerpos 13.º y 14.º, mandados por Vinoy y Renault, y los marinos ó soldados de infantería de marina bajo el mando del vicealmirante La Roncière-Le Noury, eran casi las únicas fuerzas regulares, en número de 60.000 hombres, muy desigualmente instruidos y experimentados. Los 115.000 guardias móviles se dividían en móviles de provincias y móviles de París.



El almirante La Roncière le Noury

En 20 de septiembre, los móviles del Sena que se hallaban de guarnición en el monte Valeriano evacuaron voluntariamente esta fortaleza que era la llave de París, exponiéndose á que el enemigo se apoderase de ella, y al final del sitio, en enero, desertaron en número de 500 la gran guardia de la Courneuve. Más dóciles al principio, los de provincias, una vez mezclados en la vida de París, contrajeron tristes enfermedades y hábitos de insumisión y de embriaguez.

La guardia nacional perdió en solidez y en valor á medida que aumentó el número de sus batallones. Fué una baraúnda, cuando contó 286 batallones en vez de 60, y 344.000 hombres. Cuando se la quiso organizar en guardia movilizada, sólo hubo 7 ú 8.000 nacionales que respondieron al llamamiento, y cuando se resolvió formar regimientos de guerra con los hombres más robustos de veinte á cuarenta años, la hora de los esfuerzos decisivos había pasado. Los regimientos de la guardia nacional que tomaron parte en la última batalla se batieron con bravura, pero se mostraron incapaces de una resistencia algo prolongada y prontos al pánico. Lo mismo diremos de los cuerpos francos de cazadores: algunas compañías admirablemente mandadas, como los exploradores de Franchetti, prestaron grandes servicios; las otras hicieron más daño que provecho.

Para dar á estos múltiples elementos un poco de cohesión, para constituir con ellos el ejército de la defensa, si no el de la liberación, hubo dos hombres, unidos por una estrecha amistad, que se completaban admirablemente uno á otro. Ducrot y Trochu hubieran salvado sin duda la situación, si ésta hubiera podido salvarse sin el auxilio exterior, y si ambos hubieran tenido más confianza en todo lo que no era el ejército propiamente dicho; y en aquella masa de más de 500.000 hombres encargada de la defensa de París, el ejército propiamente dicho, la tropa regular era una pequeña minoría.

Hecho prisionero en Sedán y conducido á Alemania, Ducrot había logrado escaparse en la estación de Pont-á-Moussón, y el 15 de septiembre estaba en París. Cuatro días después combatía en Chatillón, y si el movimiento hubiese estado mejor combinado, si la deferencia de Trochu con el general Vinoy, más antiguo en el servicio que Ducrot, le hubiese permitido subordinar el jefe más tranquilo y de más edad al oficial más fogoso y más joven, los prusianos hubieran podido recibir una severa lección. Ducrot traía de Sedán la rabia de la derrota y la sed de la venganza. Demasiado perspicaz para desconocer la fuerza del enemigo, cuyos progresos había señalado en tiempo oportuno y cuyo ataque había previsto como Trochu, tenía gran fe en el valor del soldado francés. Y este hombre tan ardiente en el combate era el más prudente de los generales en el consejo. Ducrot no fué nunca popular porque detestaba al pueblo y porque se opuso siempre al empleo de la guardia nacional como fuerza ofensiva; pero si todos los que militaban á sus órdenes hubiesen estado animados del mismo entusiasmo patriótico que inflamaba su espíritu y del mismo odio que él sentía contra el invasor; si la lucha no se hubiese retrasado un día, y si, á pesar de este retraso, uno de sus generales de división no hubiese cometido un error de dirección, Ducrot hubiera alcanzado probablemente la victoria.

Al lado de Ducrot, Trochu fué la figura melancólica del sitio de París. Considerado en agosto como el primero de los generales de entonces, era tenido, hasta por sus colegas de la Defensa, como el más incapaz en diciembre. Habiendo gozado de una popularidad inmensa, vino á ser para el mismo pueblo que él quería gobernar únicamente con la fuerza moral, objeto de las sátiras más groseras. Organizador de primer orden, táctico de mérito, orador incomparable, el general Trochu carecía de la cualidad principal, de la que á veces puede suplirlas á todas y que las demás no pueden reemplazar, es decir, la fe, esa fe sincera, completa, absoluta, que puede por sí sola salvar á un pueblo en una situación desesperada. No creyendo en el resultado, escatimaba el esfuerzo; luchaba por el honor y no creía necesario prolongar el duelo más allá de la primera sangre. A aquella población entusiasta, loca, ávida de sacrificios, él trataba de imponerle el mínimum de privaciones; ofreciase ella de buena fe, toda entera, para la acción, y él casi se excusaba de enviarla á los muros; nunca creyó que París pudiese romper con sus propios recursos el cerco de hierro en que le habían aprisionado los alemanes; ni aun creyó que la defensa de la plaza pudiese prolongarse más allá de ocho días. Trochu pensaba, al principio, que los alemanes intentarían un

ataque á viva fuerza, y lo pensaba aún, en 19 de septiembre, cuando hizo abandonar los reductos construidos por el general Chabaud-Latour. Pero, vuelto de su error, debió concebir bajo un nuevo plan la defensa y el ataque. Debíó tenerse en suspenso á los sitiadores, á fin de debilitarlos y cansarlos, y á los sitiados para acostumbrarlos á la calma, al sufrimiento, á la sangre fría, y aumentar en lo posible su poder agresivo. Debíó seguirse los consejos del general Tripier, convertirse de sitiado en sitiador, ejecutar contraataques en dirección de las líneas alemanas y obligarlas á correr hacia atrás sus baterías de ataque. Debieron multiplicar, en fin, las demostraciones sobre todos los puntos de las líneas enemigas, de día y de noche, sin tregua ni reposo, en vez de limitarse á algunas grandes acciones, anunciadas de antemano y conocidas del enemigo, á quien siempre se encontró preparado. En suma, debíó creerse en la eficacia de una ofensiva osada y continua, en vez de encerrarse en una defensiva tímida, intermitente, enervante y á la cual el hambre marcaba un término fatal.

Si, hechas estas salvadedas, se admite el concepto que Trochu se había formado de la defensa de París, hay que reconocer que la dirigió con un valor frío y tranquilo que nada pudo alterar y que no excluía, en los días de batalla, una loca temeridad, con una aplicación continua y con un éxito superior á las esperanzas más optimistas, dados los medios de que disponía. Los soldados que él equipó, instruyó y disciplinó, el ejército creado por él, los 3.430 cañones fabricados bajo su alta dirección, con el concurso del general Guiod y del Sr. Dorián, este formidable material de guerra sacado de la nada, todo esto reanimó á los corazones abatidos, infundiéndoles la inmensa esperanza tan desgraciadamente fallida. Una vez creado todo lo dicho, no faltó más que el auxilio procedente del exterior, para asegurar el éxito. Gambetta supo reunirlos, y si fué detenido al emprender la ruta de París, ¿hay que hacer recaer toda la responsabilidad sobre el gobernador de la plaza sitiada?

En 19 de septiembre trabóse el primer combate delante de los muros de París. La idea de sorprender á los alemanes durante su marcha de flanco, de Choisy-le-Roy á Versailles, era buena y de fácil realización, si Ducrot hubiese dispuesto de las fuerzas necesarias. Pero no disponía más que de las dos divisiones de Bechón de Caussade y de Hugues, del 14.º cuerpo. Dueño de la meseta de Chatillón, se mantuvo en ella hasta las cuatro de la tarde, á pesar de la huida vergonzosa del 4.º de zuavos y de la retirada inexplicable de la división Caussade que descubrió su derecha, evacuando á Clamart sin motivo y sin órdenes recibidas. El combate de Chatillón, primero del sitio, fué de un efecto moral desastroso y tuvo graves consecuencias. Los zuavos, ó mejor dicho, los reclutas vestidos de zuavos, volvieron á París en un desorden indescriptible, corriendo á más no poder, como si los prusianos los persiguiesen, y propagando en los barrios de la izquierda del Sena el terror de que se hallaban poseídos. Estos mismos soldados, vueltos al sentimiento del deber, se mostraron los más intrépidos en todos los encuentros hasta el fin del sitio. ¿Por qué los prusianos no entraron en París el día 19 de septiembre, después de la victoria de Chatillón? ¿Por qué no intentaron una sorpresa que hubiera podi-

